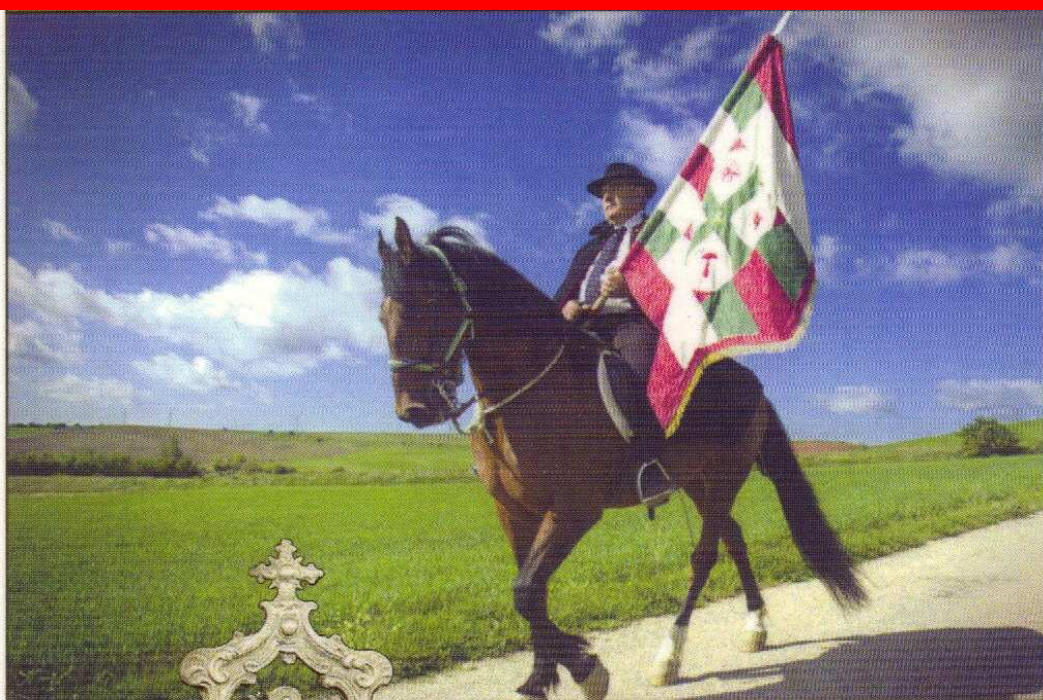


ATIENZA DE LOS JUGLARES

REVISTA DE ACTUALIDAD, HISTORICO-LITERARIA, DIGITAL
ESPECIAL CABALLADA 2009

Atienza(Guadalajara)



La Caballada de ATIENZA

Foto: Luis Solano

Dirección y coordinación: Tomás Gismera Velasco

email: atienzadelosjuglares@gmail.com
<http://www.atienzadelosjuglares.blogspot.com>

<i>A modo de editorial,</i>	Redacción.
<i>Una Entrevista con Layna Serrao,</i>	por José Sanz y Díaz
<i>Aquellas caballadas,</i>	por Tomás Gismera Velasco
<i>La prensa nacional y el No-Do, testigos de La Caballada,</i>	por Juan Becerril
<i>La visita pastoral del Obispo Plá y Gandia, y La Caballada,</i>	por Juan Jesús Asenjo Sanz
<i>Atienza, y su luz de Pentecostés,</i>	por José Antonio Ochaita
<i>La primera Caballada,</i>	por Angel García-Rayó Luengo
<i>La bandera de La Caballada,</i>	por Isabel Muñoz Caravaca
<i>La Caballada, en un libro,</i>	por Antonio Herrera Casado
<i>La Caballada, fiesta de los recuerdos,</i>	por José Ramón López de los Mozos
<i>El personaje de La Caballada, Julio de La Llana,</i>	por Tomás Gismera Velasco
<i>La Caballada, ocho siglos de fidelidad,</i>	por Baldomero García Jiménez
<i>Alegre recibimiento para Atienza de los Juglares,</i>	Andrés Yagüe Martín
<i>Seis libros para conocer Atienza y La Caballada,</i>	Redacción
<i>Actualidad de La Caballada,</i>	Sonia Bruna Medina
<i>Programa de La Caballada 2009,</i>	Cofradía de La Caballada

A MODO DE EDITORIAL: LA CABALLADA DE ATIENZA

La Caballada de Atienza es, por derecho propio, la fiesta de las fiestas de Castilla. Una de las conmemoraciones más antiguas, si es que existen otras, de las que se tenga memoria, que surgen del pueblo llano. No, al menos, en la provincia de Guadalajara. Es una fiesta, una tradición, una conmemoración, que surge del pueblo y para el pueblo. Es, por encima de todo, el orgullo de sentirse atencino y castellano, de nacimiento o de residencia que, a estas alturas tanto da.

El presente número de Atienza de los Juglares, segundo de su hasta ahora corta historia, lo dedicamos a festejar, literaria e históricamente La Caballada de Atienza, cuya conmemoración festiva tendrá lugar el próximo día 31 de mayo. Son diferentes versiones que llevan a una conclusión: Es necesario conocerla para juzgarla.

A traer el recuerdo de aquellos que, a lo largo del siglo XX, y lo que llevamos del XXI, han hecho que La Caballada de Atienza ocupe un lugar de excepción en las alacenas de la historia, de la literatura, de la prensa y, por supuesto, de la bibliografía. A homenajear a los hermanos que antes fueron, hoy son y mañana serán, historia de Atienza.

No obstante, no podemos dejar de dar las gracias a cuantos han recibido alegremente nuestra revista. Incluimos alguna de las muchas felicitaciones y comentarios recibidos, gracias a todos por vuestra calurosa acogida.

Recordad que esperamos vuestra colaboración, y vuestras opiniones.
<http://www.atienzadelosjuglares.blogspot.com>,
atienzadelosjuglares@gmail.com.

Redacción

UNA ENTREVISTA CON FRANCISCO LAYNA SERRANO

Por José Sanz y Díaz



Francisco Layna Serrano fue historiador de la villa de Atienza; Cronista Oficial de la Provincia de Guadalajara; Académico de las Reales de la Historia y Bellas Artes; autor de un buen de publicaciones referidas a Atienza y La Caballada. En 1942 fue nombrado Hermano Honorario de La Caballada, dedicando el Ayuntamiento de Atienza una calle a su memoria.

(En la imagen, junto a Sinforiano García Sanz, y otros cofrades. Foto familiar García Sanz)

Hemos creído de interés para nuestros lectores informarles de cuanto se relaciona con la histórica Cofradía de La Caballada, que data del siglo XII, y para ello nos encaminamos a la casa del médico otorrino, e ilustre historiador, Francisco Layna Serrano, que acaba de publicar una estupenda "Historia de la Villa de Atienza", editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Nos acoge amablemente en su domicilio de Hortaleza 106, a la vez Clínica moderna y biblioteca valiosísima.

-Vamos a ver, querido doctor, si me quiere Vd. contar algo de La Caballada de Atienza.

-Con mucho gusto. Fue constituida hace ocho siglos por los ricuelos e mercaderes de Atienza, precisamente en abril de 1163, después de liberar al rey niño Alfonso VIII de la ambiciosa tutela del monarca leonés, su tío, por medio de una curiosa y valiente estratagema.

Para situarnos en su ambiente, cabe decir que se trata de una de las villas castellanas de más rancio abolengo, pues Atienza guarda todavía su antigua nobleza en los bastiones mutilados de su imponente castillo, famoso en todas las épocas; en las piedras blasonadas de sus casonas, y en sus templos románicos, santificados por la piedra y por el arte. Atienza es un viejo burgo cidiano, un poco áspero y como recluso en su quietud orgullosa, cuando en el recinto de sus glorias ancestrales concentra el aroma de sus tradiciones, con una parva y elegante espiritualidad.

Atienza no ha perdido nada de su sello místico y guerrero que todos los años evoca, por la Pascua de Pentecostés, el heroico salvamento del rey castellano.

-Muy bien -me dice el doctor Layna-, veo que conoce Vd. perfectamente Atienza y su ambiente.

Encendemos un cigarrillo y continuamos la charla.

-¿Cómo funciona actualmente la Cofradía de la Trinidad?

-Absolutamente igual que hace ocho centurias y conforme en todo a las viejas ordenanzas del siglo XII, redactadas como Vd. puede ver -y las muestra-, con espíritu castrense y religioso, y acusadamente sindical, ya que lo gremial y corporativo tuvo

su sede antes que en el resto del mundo, en nuestra Patria. Grandes señores de España tuvieron el alto honor de pertenecer a La Caballada. Alfonso VIII, ya adulto, la colmó de mercedes regalándole el estandarte que aún conserva.

-Cuénteme algo de la historia de tan interesante Cofradía.

-Tiene que ser muy sobriamente, concretándonos al episodio que dio motivo a la misma. Huérfano de cuatro años Alfonso VIII, rey de Castilla, la enconada rivalidad de Laras y Castros se disputaba el gobierno del país durante su minoría de edad.

-Creo que lo raptó un Lara de la ciudad de Soria...

-Si, me interrumpes. Aliados los Castro con el monarca leonés, Fernando II, tío del real infante, intentaban ponerlo bajo su tutela, y para evitarlo, don Manrique de Lara se lo llevó desde Soria al castillo de San Esteban de Gormaz, y no considerando aquella plaza bastante alejada ni fuerte para la guarda del monarca, con el alba marcharon hasta el fortísimo castillo de Atienza, villa murada que acogió con amor a su rey, jurando defenderlo contra los ejércitos del bando contrario.

-Claro que los Castro instigaron al soberano de León para que no renunciara a la tutoría de su sobrino, porque aspiraban a hacer y acontecer cuanto les viniera en gana en Castilla...

-Así fue. Encolerizado y resguardado de sus tropas, Fernando II se presentó a reclamarlo bajo los muros de Atienza. La contestación fue negativa. Con la vida - dijeron-, defenderemos si es preciso el sagrado depósito, somos castellanos y no sabemos, ni podemos, obrar de otra forma.

El leonés puso sitio a la ciudad, escasamente defendida y con murallas maltrechas. Escaseaban las armas y los víveres, y los sitiadores no se retiraban. Pensaban en la capitulación por hambre, impidiendo que les llegara a los atencinos algún auxilio. No había que pensar en una salida bélica, cosa irrealizable y de gran riesgo.

-Un día de mayo de 1162, por cierto Domingo de Pentecostés, las tropas del sitiador vieron salir por la Puerta de San Juan, abierta en la muralla, una pacífica reata de mulos y de trajinantes, cubiertos con amplias capas de paño pardo, como para resguardarse del frío. A los leoneses les pareció gente pacífica y cuantos menos hombres quedasen para defensa, mejor. Pero de pronto cambiaron de opinión y al llegar a la ermita de la Estrella, salieron a caballo a registrarlos, los separaba una distancia de un par de kilómetros y los ocultaba un cerrillo. El arriero que llevaba al rey trotó con otros y se perdió de vista. Los demás se detuvieron ante la ermita como si no notaran que eran perseguidos y entablaron ante la imagen una típica danza a caballo. Los jinetes guerreros no se apercibieron de los que huían y se etuvieron a seguir el espectáculo, que era a la usanza mozárabe. Cuando terminó los dejaron marchar libremente, convencidos de que eran gente pacífica. Los recueros alcanzaron a los otros que llevaban al soberano y después de siete jornadas llegaron a la ciudad de Avila, donde lo pusieron a buen recaudo.

Y para terminar digamos que se fundó enseguida la Cofradía de La Caballada, que todos los años conmemora el histórico suceso, yendo en romería a la ermita de la Virgen de la Estrella, donde hay actos religiosos, y se reproduce la danza.

Tal es contada en interviú, casi reportaje, la historia de la Cofradía de la Trinidad de Atienza. Dándole las gracias al doctor Layna por sus informaciones.

4, mayo 1946

AQUELLAS CABALLADAS

Por Tomás Gismera Velasco



Foto: T. Gismera

La primera Caballada que me viene a la memoria, debía por ello contar con muy pocos años de edad, es la que sirvió el tío Ricardo de la Vega, en su casa de la calle Real, y barrio de San Gil. La segunda vez que servía el cargo, pues ya lo desempeñó en 1935. En esta ocasión de la que hago

memoria lo hacía en sustitución del Prioste correspondiente, fallecido antes de servir la vara.

Debía yo contar con la saludable edad de cinco o seis años. El tío Ricardo, como todos aquellos personajes que conocimos niños, era ya un hombre mayor en edad, aunque de menguada talla. El prototipo de hombre atencino, como aseveraba el historiador Layna Serrano.

He de señalar que en mi casa las caballadas no se celebraban abiertamente desde mucho más allá de los comienzos del siglo XX. A causa de una de esas desgracias que de vez en cuando enlutan pueblos y familias. Un hermano de mi abuelo materno, Benigno Velasco Marina, había muerto en aquellos años revoltosos del último tercio del siglo XIX, pateado por los caballos durante la carrera de la tarde, el día de La Caballada, cuando la carrera se hacía en el camino del monte. Mi bisabuela, María de la Fuente, resultó herida de gravedad al tratar de salvar al chiquillo, que entonces debía de andar por los siete u ocho años de edad. Desde entonces, y como es costumbre, el luto se impuso en la tradición familiar durante los días de Caballada.

Fue así hasta que falleció mi abuelo por el año 1946, y continuó el luto mientras vivió mi abuela, Eusebia Lázaro, al inicio de la década de los sesenta.

Pero esos lutos no existían para los chiquillos de tierna edad, como yo lo era entonces. Y es que La Caballada, por encima de todo, era una fiesta para la chiquillería del barrio que tenía la suerte de tener cercana la vara de La Caballada, desde el mismo momento en el que la música de la dulzaina y el repiqueteo del tamboril, se dejaban sentir por cualquiera de los barrios.

Eso solía ser mediada la mañana de la víspera, cuando llegaban los músicos a la casa del Prioste y desde ella iniciaban esa especie de recorrido por el pueblo anunciando que comenzaba la fiesta. Desde cualquier calle y cualquier portal, a aquellos dos hombrecillos con gorra de paño a la cabeza, en muchas ocasiones el tío

Mariano, su padre o su hermano, “los Monas”; y más adelante los dulzaineros contratados para la ocasión, se les unía un ejército de chiquillos que, con pantalón corto, el pelo alborotado y ganas de diversión, recorrían, delante y detrás de ellos, el pueblo entero, hasta quedarse a las puertas de la casa del Prioste, a la espera de que, si era uno de esos Priostres espléndidos que siempre había, alguien saliese de la casa con una bandeja de magdalenas, de dulces o de bollos, encargados para la ocasión, que los chiquillos hacíamos desaparecer en un instante.

La fiesta de la chiquillería continuaba más tarde, cuando la Mesa de la Hermandad se reunía en la casa del Prioste para bajar a la ermita. Allí, delante y detrás, la nube de chiquillos no se apartaba de ellos, como no lo hacía a la subida, y mucho menos cuando, con la noche cerrada, a las puertas de la casa del Prioste, bajo la bandera de La Caballada, se iniciaba uno de esos bailes que congregaban a la villa entera, al son de dulzaina y tamboril, mientras entre los hermanos de la Cofradía corría la bota, o el porrón de vino peleón, y los chiquillos entreteníamos el tiempo en corretear detrás de las chiquillas, o azuzarnos los unos a los otros con ramajos de ortigas; qué también debía de tener su gracia. Aunque pasados los años, no se la encontremos.

Contaba el tío Valentín Sancho, el tío Carlitos, que días antes de que llegase La Caballada sus mulas ya lo presentían, y cuando sentían el son de la dulzaina acercándose a su barrio, pataleaban en las cuadras como si quisiesen comenzar su propia fiesta.

La fiesta se vivía también en cada una de las casas de los cofrades. Con los preparativos. No era extraño pasar por cualquiera de las calles y encontrarse, al oreo de la mañana o al solecillo de la tarde, las chaquetillas o las capas de los hermanos, para que fuesen perdiendo el tufo de las bolas de alcanfor en las que se conservaron a lo largo del año para tenerlas a salvo de la polilla. Y días antes había comenzado también el paseo, de casa en casa, a la búsqueda de los mejores cobertores, las mejores albardas o sillas de montar. Que no todos los hermanos disponían de semejantes atuendos con los que ornamentar las caballerías. Otra de esas estampas que se han perdido para siempre. La mula a la puerta de la casa, y como en uno de esos rituales antañones que vuelven a la memoria, ver a los hermanos peinando a sus caballerías, y vistiéndolas con sus mejores galas, como parte del festejo que también eran. La sabanilla, la albarda o los solomillos, el cobertor, los lazos, las cintas de colores...

Aquellos que disponían de caballo, contados con los dedos de las manos, eran una especie de señores entre los señores que iban a lomos de sus mulas, propias o prestadas, que incluso las propias, con ser propias, se dejaban de lado si el vecino que la tenía más aparente la prestaba para la ocasión.

La Caballada, la Hermandad, era rigidez de costumbres y ritos que a los chiquillos impresionaban; desde aquel llamarse de usted, a la asistencia obligatoria e inexcusable a cualquier asamblea en la casa del Prioste correspondiente. Por supuesto que a las puertas siempre estaba la consabida chiquillería atencina.

Había, por aquellos tiempos de la infancia, más de cuarenta años hace, una presencia casi inexcusable, la tormenta, el chubasco, el chaparrón, los truenos o las nubes enredadas, según decían los mayores, a la torre del castillo. Aún así, sin carretera, sin coches, y por un camino embarrado, decenas de atencinos y atencinas bajaban a la ermita a escuchar la misa y acompañar la procesión. En ocasiones, para

saltear los barrizales, era preciso descalzarse por aquello de no embarrar los zapatos casi nuevos. Había igualmente alguna que otra estampa de esas que se prenden al recuerdo. La presencia, poco menos que imperial, del señor Gobernador Civil de la Provincia, con sus botas de montar sobre alguno de los caballos de la guardia civil. La presencia, menos imperial, pero más sentida, de aquellos vecinos que prestaban sus borricas o sus mulas a los hermanos que no disponían de montura. Por aquello de que a la caída de la tarde, tras una jornada en la que más de cuatro hermanos se excedían más que en la comida en la bebida, debían de cuidar el patrimonio familiar. Y había, por encima de todo, una sensación de envidiosa mayoría de edad, por parte de la chiquillería, para poder llegar a ser, algún día, hermano de la Cofradía.

Había, igualmente, personas y personajes, hombres, hermanos y cofrades, cuya presencia en la Hermandad era poco menos que una de esas estampas de las de toda la vida.

El tío Carlos, el Ballenero, poseedor de una de esas jacas coloradas que tanto llamaban la atención y que, por ello, se veía prácticamente obligado a rematar la bandera. El tío Antonio, el Vaquera, en puja con el anterior; el tío Pedro, el Marijuano, o el tío Tomás, el Galgo, pujando por ver cual de los dos danzaba mejor ante la imagen de la patrona. Imágenes de antaño.

Eran, en aquellos años de la infancia, muchas, tal vez demasiadas cosas las que había en apenas unos días de Caballada que concluían en el gran festín del Lunes de la Cernina, cuando a los chiquillos nos tocaba correr a la casa del Prioste a recoger el pan de la Virgen, y procurar, allí mismo, comer cantero tras cantero, aunque se nos llenase la barriga, por aquello de que era el pan de la Virgen, y estaba como ninguno.

Todos aquellos hermanos caballeros que conocí de chiquillo reposan, como escribió Ochaíta, entre el verdor del campo de Santa María. Ahora, todos los que acompañan la Hermandad son como hermanos mayores a los que uno ha visto crecer al mismo ritmo que se fue perdiendo la edad infantil, y conste que uno nunca se acostumbra a eso de ver envejecer a quienes conoció de mozos. Y ya, perteneciendo a la Hermandad, desde hace más de veinte años, tampoco uno se acostumbra a eso de, llegados a la Peña de la Bandera, a la caída de la tarde, mantener el sombrero en la mano mientras se recuerda a aquel, o aquellos, que marcharon a Santa María a lo largo del año.

Aquellas caballadas de la infancia, ya lo digo, hace tiempo que quedaron atrás. Creo que el día mismo en el que, en uno de esos arranques de atencismo, o caballadismo, acudí a la casa del Prioste de turno, en el día señalado, y pedí el ingreso en la Hermandad, como antes lo hicieron algunos de los míos. Saltando aquellos lutos impuestos por la memoria de la historia familiar, y alguno más reciente por el entonces; mi abuelo paterno, que fue hermano allá por los años veinte y treinta del siglo anterior, había fallecido dos o tres años antes de mi ingreso, casualmente, en un día de San Isidro que, por esas arremetidas que nos mete el calendario, coincidió con un día de Caballada.

Y héteme, allá por la década de los ochenta, montado en un caballo y vistiendo chaquetilla de hermano de la Cofradía. Poco después, Mayordomo, de uno de esos amigos que se nos crecen con los años, Juan Jesús. Años después, Prioste.

Ser Prioste de la Cofradía tenía, tiene, y ha de tener, esa significación especial de formar parte, y ser parte, de algo grande. Es el momento en el que todos los

recuerdos de infancia se amontonan en uno cuando está la casa familiar patas arriba para dar cobijo a la Hermandad, y son muchos los recuerdos de aquél año de Priostre, que coincidió, casualidades del destino, con el centenario del nacimiento de Francisco Layna. Pero como todos los priostres que fueron, fuimos y serán, tendrán que quedarse para la posteridad con un recuerdo, yo me quedé con el que más me impresionó, la salida de mi casa, camino de la iglesia para recibir la Insignia. Por el camino hacía la iglesia, acompañado del que sería mi flamante Mayordomo, José Luis, me encontré con uno de aquellos hermanos de edad indefinible, con la gorra a la cabeza. Trataba de llegar a la iglesia y apenas podía caminar. A mi paso se descubrió con todo el respeto del que fue capaz. El fue Seis Viejo, y yo sería Priostre; me dijo el tío Valentín, el Carlitos, cuando le di la mano.

A la vuelta de la iglesia todavía estaba tratando de llegar. Apenas había avanzado unos metros desde que me lo encontré. Había conseguido llegar al Arco de San Juan y allá estaba sentado. Al ver llegar a las insignias se levantó, volvió a descubrirse y con los ojos llorosos pidió besarlas, y lo hizo con ese majestuoso respeto que dan la ancianidad y devoción a las costumbres. Ese mismo respeto y devoción encontré, al entrar en mi calle, cuando los ancianos del barrio se asomaban a las puertas, a ver pasar a las insignias, santiguándose y descubriéndose a su paso.

Y es que La Caballada, aparte de historia y de recuerdos, es también un conjunto de emociones.

Por supuesto que, como dirá cualquiera de los hermanos, la mía fue La Caballada mejor servida. Para cada uno de los que hemos servido la vara y hemos sido priostres, la propia siempre será la mejor Caballada. Y la que con mayor sentimiento recordaremos a lo largo del tiempo.

Ocurre una cosa, que conforme van pasando los años y se nos van apilando los recuerdos, y se nos van cayendo hermanos de la lista, nos vamos haciendo más sentimentales. Desde aquella Caballada que yo serví en 1993 se nos han caído de esa lista un buen número. Ya no cuento desde que ingresé en la Hermandad. Recuerdo al primero, Luis Fuentes, y al segundo, el tío Pedro, el Marijuano, que tenía el antojo de que cuando fuese Mayordomo llevase su sombrero, y lo llevé.

La lista es tan grande, y compleja, que es preferible evitarla y mantener la memoria de todos ellos.

Y no solo hermanos, hermanas también, a las que no se las nombra demasiado y son, en número, superiores al elemento hombruno.

Hace ya unos años que se marchó quien fuese mi Seis Principal, a quien entregué la vara de Priostre, Luis Carandell. Este año, apenas hace unos meses, despedí en un tanatorio de Madrid a quien fuese mi Mayordomo, José Luis, 49 años tenía. Tendré que echarme ante la Virgen, en su memoria, una jota, aunque me multen. Y también, la vida que tiene esas cosas, murió mi madre, hermana de La Caballada.

Por eso decía antes que La Caballada es sentimiento, y mucho más cuando a la vuelta de la ermita, ante las peñas de la Bandera, nos descubrimos para rezar por aquellos que se nos fueron. Y todos los años se nos marcha alguien sentido.

Pero La Caballada es, por encima de todas esas cosas, recuerdo, vivencia y sentimiento de tiempos de infancia, y luego mozos, que nos llevan a ser, y sentir pasión por lo nuestro. En este caso, la historia de Atienza.

LA PRENSA NACIONAL Y EL NO-DO, TESTIGOS DE LA CABALLADA

Por Juan Becerril



El domingo 17 de mayo fue un día redondo para Atienza, la antigua capital de los Tithios vivió otra vez su vieja historia, incomparable, evocadora, de la España Medieval: La Caballada, que recuerda la liberación de Alfonso VIII en 1163.

Para llegar a Atienza desde Guadalajara tomamos la carretera de Soria un centenar de visitantes. La mayor parte procedían de Madrid: de un lado los amigos de los castillos, con el doctor Layna Serrano, Cronista Provincial; de otro un autocar de “rutas alcarreñas”, con varios reporteros de la prensa y el cine, a las que nos unimos una veintena de personas más de Guadalajara. Subiendo a la meseta de la Alcarria, con rumbo puesto al norte, apareció a poco la villa de Hita, y al dar vista de nuevo a La Campiña, vislumbramos Jadraque y su castillo. Después la carretera sigue con frecuentes cambios entre tierras de pan llevar hasta que nos sorprende a todos la vista incomparable del peñón sobre el que se asienta Atienza.

Rebasada la cuesta de Cantaperdiz estamos en el caserío medieval. Al bajar del coche las miradas se elevan hacia el cerro, en torno a él la villa se extiende, cara al sur, con sus estrechas calles tortuosas, con sus plazas y casas con blasones, la mayor parte de ellas levantadas sobre bellísimos soportalados. Desde la plaza del Ayuntamiento se contempla la puerta de “Arrebatacapas”, a través de la cual aparece intramuros la plaza del Mercado o de San Juan, así llamada por la adjunta parroquia de esta advocación, que data del siglo XVI.

Hay ambiente festivo entre las gentes severas. Las pocas que han quedado sin salir a la Estrella con La Caballada nos miran silenciosas. Alguien nos dice que los que nos precedieron salieron hacia el castillo, y paso a paso, a través de una calle casi milenaria, nos decidimos a seguirlos buscando la empinada rampa que nos lleve hasta él. La iglesia de La Trinidad interrumpe el acceso, hay un románico admirable en su fachada posterior que impone la parada. Dentro el Cristo de los Cuatro Clavos, otras tantas tablas de inmenso valor y una magnífica custodia procesional. Cuando salimos nos explican: fue construida por los mercaderes y por los recueros en el siglo XII para honor de Dios y defensa de sus gremios. Pero nos dicen más, hubo en Atienza hasta nueve parroquias.

Seguimos por la senda abierta dentro del recinto amurallado y ascendemos torciendo a la derecha, bajo la proa inmensa del peñón que soporta los restos del

castillo. Por fin inesperadamente surge la entrada a la fortaleza.

Dos grandes aljibes excavados en la roca viva y la torre mayor son las únicas muestras subsistentes de la mano del hombre. Estamos en el viejo solar, sobre la lastra estrecha y dominante del castillo de Atienza. A nuestro lado el doctor Layna explica a los viajeros la salida secreta de la obra. Mientras tanto, a través del inmenso paredón de la torreta subimos por una vieja escalinata que taladra el muro, hasta la garita culminante.



Desde la cimera torre de la fortaleza, apenas encontramos sitio donde acomodarnos, la pluma va grabando sobre las cuartillas la vuelta al horizonte. Hacia el sur, allá a lo lejos se adivinan las Tetas de Viana. Al sudoeste se adivina Hita bajo el cerro, y después La Campiña. Pero sin apercibirnos, totalmente abstraídos por tan imponente paisaje, nos encontramos solos, sin testigos, a no

ser aquel excepcional que nos vigila al norte: el cerro del Padrastró. Con quince metros más de altura, centinela del flanco, conserva todavía en la coronación las ruinas de un aljibe de reserva. El graznar de unas chovas, que se afanan anunciando el chubasco, nos llama la atención y entonces descubrimos sobre la plataforma, cobijada, la vieja iglesia de Santa María del Rey, fundada por Alfonso el Batallador en 1112, en otro tiempo iglesia principal de Atienza.

Pero los grajos nunca marran cuando anuncian tormentas. Después de un trueno breve el agua y el osonó nos anuncian que llega el chaparrón. Bajamos. El solar y la senda, dominando Atienza, nos dejan ver de nuevo la torre de la Trinidad. Pasamos raudos. Otra vez en San Juan y al final en el Ayuntamiento, para cobijarnos y dar tiempo hasta la llegada de La Caballada.

Es por la tarde. Hay una gran expectación entre las gentes. Al fin al doblar una esquina un tambor y unas gaitas nos anuncian su inminente llegada. La Cofradía vuelve de La Estrella. Montados sobre caballos y pollinos engalanados, con su abanderado al frente, pasa la hueste encapotada. El lucido y evocador cortejo atraviesa toda la población para salir de nuevo a la Campiña por el Arco de la Guerra. En las inmediaciones del arrabal de Puerta Caballos, con ambiente de pasadas justas, tiene lugar una competición montada entre los cofrades que, por parejas, se afanan en llegar los primeros al pie de la ciudad. Todos galopan de manera frenética. Nuevamente se agrupan y regresan al caserío medieval. La gente se dispersa, y al caer la noche regresamos en nuestros autocares. Atienza queda atrás satisfecha, tranquila. Con La Caballada de este año, quien lo hubiera dicho, la ciudad medieval ha conseguido, vencidos ocho siglos, ganar la admiración de los extraños. A partir de este día la ciudad de los lusones celtibéricos va a formar parte, formalmente, de la Segunda Ruta de Turismo Provincial.

Fotos: Santiago Bernal.

Flores y Abejas, 19 de Mayo de 1959

LA VISITA PASTORAL DEL OBISPO PLÁ Y GANDÍA, Y LA CABALLADA

Por Juan Jesús Asenjo Sanz

Foto: J. Asenjo



No puedo recordar dónde diablos guardé en su día el texto de bienvenida a Don Jesús Plá y Gandía, obispo de Sigüenza y hombre que honró allá por el doce de julio de 1.989 a los fieles de la Parroquia, entonces sede del Arciprestazgo de Atienza, con su Visita Pastoral.

Giraba el buen obispo la visita y el párroco, don Agustín, pensó en la conveniencia de que asistieran a la celebración litúrgica, misa y coloquio pastoral, los representantes de las cofradías de Atienza.

En la tarde de ese día, en la iglesia de San Juan del Mercado, bajo la imagen del Bautista, fue muy emocionante ver a Pepe Muñoz saludar al prelado como detentor de la vara de la Cofradía de San José, fue igualmente cordial ver la persona de Luis Guijarro, que en Gloria esté, saludando con una

respetuosa voz de acogida por cuenta de la Cofradía de la Virgen de los Dolores y del Santísimo Cristo de Atienza, otros hombres buenos de Atienza, representaron a las cofradías de las Santas Espinas y la de la Vera Cruz.

Aquel año el prioste de la Cofradía de la Santísima Trinidad, vulgo La Caballada, era Javier Asenjo, mi hermano, su ausencia permitió que un servidor, como seis principal, ya que había servido la vara el año anterior, tomara la voz prestada de mi hermano, de sangre y de cofradía, para saludar la visita episcopal.

Sigo sin recordar dónde diablos dejé el texto que dedicamos al buen obispo Plá y Gandía, pero la memoria, ese frágil instrumento de las emociones y los recuerdos se aviva para que casi me venga a la escritura lo que con sentimiento dedicamos al sucesor de los apóstoles en nuestra querida Atienza. Venía a decir así:

“Don Jesús, señor Obispo, permítame celebrar a Honra y Gloria de la Santísima Trinidad su presencia entre nosotros en nombre del Señor Prioste, su ausencia justificada permite a este seis, representar en su Visita Pastoral a la más noble de las cofradías de Castilla.

Señor, somos la Cofradía de la Santísima Trinidad, de la Madre de Dios y de San Julián, los que hoy nos sentimos muy cerca de usted en su presencia como pastor de nuestras almas. Sepa que le deseamos una feliz estancia y que su presencia es aquí celebrada y muy bienvenida.

Esta Cofradía se sustenta en la fidelidad, casi novecientos años de historia han hecho que mutuamente se hayan ayudado los hermanos entre si, en las alegrías, en las dificultades, en la vida, en la muerte. La fidelidad y el mutuo apoyo, lo ha sido

también a las normas, a las ordenanzas en primer lugar y a los usos y costumbres, a ratos ingenuos y amables, en segundo, pero no menos importante lugar.

Mire don Jesús, ha caído usted en medio de hombres buenos, que han conservado honradamente los tesoros de sus mayores, el de la fe, un precioso trazado románico, en pergamino, dibuja la figura de Cristo crucificado adornando las antiquísimas ordenanzas, el de la memoria de don Alfonso VIII, el de la fidelidad de aquellos recueros que hicieron que a la monumental Avila se le reconozca como Avila de los Fieles, que no sólo de los Reyes y Los Caballeros. Porque a la tierra donde más tarde naciera Teresa de Jesús, confiamos la guarda de un tierno infante real, que luego sería abuelo de San Luis de Francia, hijo de su hija y reina de Francia, doña Blanca de Castilla.

Esta Cofradía se honra con su presencia y quiere decirle que la casi totalidad de los hermanos profesamos la fe cristiana, cuando la fiesta de Pentecostés, muchos de nosotros para honrar a la Virgen de la Estrella, Madre de Dios y nuestra, nos confesamos y llevamos su preciosa imagen con un respeto y cuidado como a tesoro de porcelana fina, en una procesión que es un clamor de querencias y cariño.

Bailamos en honor de María, como hiciera en su día David ante el Arca de la Alianza, convivimos con nuestras gentes y siempre confiamos a la misericordia de Dios nuestras vidas, de modo que cada año adelantamos nuestras oraciones por el primero de los hermanos que fallezca.

Confíe en nosotros don Jesús, esforzados trabajadores, gente buena y temerosa de Dios, para que su visita le confirme una sensación de haberse encontrado con herederos de unos recueros nobles y fieles.

Sírvase señor obispo de sentirse como un abad más de esta cofradía, como un sucesor del obispo Gundisalvo, don Gonzalo, que nació en Atienza y portó la mitra de su diócesis allá por el siglo doce por apoyo y empuje de nuestro buen rey don Alfonso VIII, y como abad que lo es sin duda como prelado, eleve sus oraciones por nosotros, por nuestras familias y amigos, por la Caballada y por Atienza.

Señor obispo, muchas gracias por su visita pastoral y sepa que tiene aquí, a través de la Caballada, unos hijos fieles de la Iglesia.”

Al terminar el saludo, el obispo Plá se explayó en un emocionado discurso pleno de religiosidad y cordialidad, como sintiéndose en casa.

No puedo olvidar la presencia en aquella jornada histórica, de dos personas, una de ellas el sacerdote que estaba apoyando la visita episcopal. Era don Juan José Asenjo, entonces sacerdote y canónigo de la santa iglesia catedral de Sigüenza, y hoy, por la Gracia del Espíritu Santo, qué feliz Pentecostés, Arzobispo de Sevilla. La Santísima Trinidad, por intercesión de la Madre de Dios y de San Julián y San Isidro Labrador, le bendiga.

Otra persona entrañable, era Máximo Somolinos de la Vega, entonces profesor director del Colegio Diocesano de Guadalajara. Hijo del seis de la Caballada, Marciano Somolinos. Pocos años después de este acto se lo llevó el Señor al Cielo. Muy joven y tras una rápida enfermedad. No puedo olvidar el abrazo que nos dimos aquel doce de julio a la caída de la tarde, al finalizar el acto como un gesto de complicidad feliz. Que como a don Juan José, nunca le falte a él, ya en el Cielo y a su familia ejemplar, la ayuda de nuestros Santos Patronos.

ATIENZA Y SU LUZ DE PENTECOSTES

Por José Antonio Ochita

Como ochocientos años ah, La Caballada ordena el despliegue de sus trotantes recursos por las cuestas empizarradas de Atienza. Ocho eslabones, de cien años cada uno, nos enlazan con la furia medieval, que actualizó esa villa roquera para que en ella se dirimiesen las contiendas ambiciosas de Castros y Laras enfebrecidas por la posesión de la niña voluntad de un niño rey. La sombra del reyecito, que fuera Alfonso VIII yerra aún esta tarde, la distancia de ocho centurias, como un lirio blanco atavisado con los regios ropones pardos de la atardecida.

Hemos venido a Atienza con el alma desollada por la hogañas inquietudes. Es que los nombres perpetúan las fugacidades. Atienza y La Caballada son nominaciones que no pertenecen al ahora; vocablos de un superior diccionario romanceal donde uno se topase con todas las hombradías que hizo la historia. O que han hecho, por lo menos, nuestra historia. La nuestra.

Efectivamente nos sentimos un poco aislados del mundo dentro de esta ciudad murallera y amurallada, que parece una separata viva de algo que ya pereció.

Oh Atienza, Atienza, bienaventurada y malaventurada. En el día de La Caballada es contigo el fuego de Pentecostés. Te pasas todo el año amodorrada en el respaldo del monte eminente. Pocas cosas te animan, si acaso el clavecino de Tomás, el de la Azucena, que en las horas infinitas de tu tedio quiere sacar, a contrapunto, el virolay que un día puntuaron, en viola, tus juglares; si acaso, el rasgueo en pluma bien cortada de tu señor Arcipreste, aquél clérigo llano que, para más, apellidóse De la Llana, y que ahora escribe con zumo de huesos en el códice verde de Santa María, la del Rey, el último codicilo de su pasión atencina.

En el garitón del castillo nos muerde el can rabioso de la efeméride; desde la reina doña Urraca a don Alvaro de Luna, que ya sentía sobre su cuello el hondo frío de la degolladura; desde Beltrán Duguesclín a Juan Martín el Empecinado; desde un antes a un después, todo es un vaho antiguo que nos empañe la médula de las ternuras inauditas, mientras abajo Atienza se desmorona piedra a piedra, como chorrillo de arena en nudoso y arenoso reloj aleccionante.

Tras el desfile áureo de La Caballada nos remansamos en el casino. La charla vuela sobre todas las guadalajaras, como si esto fuera el nidial halconero de los polluelos, pensamientos voladizos. La copa y el cigarro negro logran milagros de locuacidad. Se hacen propósitos para muy bellas cosas que tengan por escenario este tinglado atencino, sin escenografía que lo supere, más hoy, bañado por esta Pentecostés que saca chispas de murallones, corazones e intenciones.

¿Pero cuando vendrá otra Caballada, en que caballeros, poetas y recueros, portemos hasta Santa María del Rey la rama de hierba melada de sal de Pentecostés, que ciña la tierra bajo la que escucha el galope del tiempo sin tiempo, junto a quienes antes fueron y luego serán cofrades y hermanos, el llano y De la Llana, muerto y vivo, señor Arcipreste?

Nueva Alcarria, 3 de junio de 1961

LA PRIMERA CABALLADA

Por Ángel García-Rayo Luengo

La primera Caballada
fue aquella del carpintero
de Belén, hecho recuero,
y una Estrella enamorada.

Recuero fue san José
con una humilde montura
y con la carga más pura
que la Tierra pudo ver.

Que las galaxias más bella
una Virgen siendo Madre
y el Hijo eterno del Padre
en su regazo de estrella.

De la noche en los senderos,
cruzando densos desiertos,
a quien da vida a los muertos
llevan los santos recueros.

Que a un Rey divino defienden
con la medida de un niño
sin palacio, sin armiño,
y al que los soles extienden

un firmamento en riada
para honrarle, metro a metro,
que este Rey viene sin cetro,
sin ejército ni espada

pero es Dueño de los cielos
y Señor de los señores,
y viene a curar con amores
heridas y desconsuelos.

La primera Caballada
fue aquella del carpintero
de Belén, hecho recuero,
y una Estrella enamorada.

que del Espítu Santo
a la luz al Hijo hubo dado,
y a quien hubiera matado
un rey de ambición y espanto,

corona de tantas frentes
que burló la cabalgada
de esta santa Caballada,
y mató a los inocentes.

Así Belén es Atienza
sobre los campos de mayo
y a un galope de caballo
la senda siempre comienza.

Cabalgamos a la Gloria
en deseo y esperanza
y bailamos una danza
que es danza de la victoria.

Estrella de nuestro anhelo
en nuestra vida nos valga,
que con nosotros cabalga
y nos espera en el Cielo.

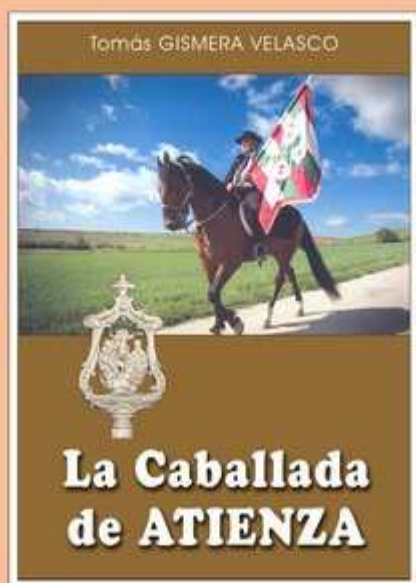
Un pueblo que se encamina
a Dios que se hizo hombre,
un estandarte y su nombre,
un paso que no termina.

La primera Caballada
fue aquella del carpintero,
de Belén, hecho recuero,
y una Estrella enamorada.

A la Santa Trinidad,
hermanos, nuevos recueros,
del Dios vivo caballeros,
gloria por la Eternidad.

LA CABALLADA, EN UN LIBRO

Por Antonio Herrera Casado. Cronista Provincial



aache

tierra de Guadalajara / 72

La Caballada de Atienza es una de las fiestas castellanas más conocidas. Tiene más de 800 años de existencia, y recuerda con su celebración el sacrificio que hizo la gente de Atienza, particularmente sus recueros o transportistas de mercancías con mula, al salvar la vida del joven rey Alfonso VIII cuando estando en la villa fue sometido a un acoso por parte de su tío el rey de León, quien pretendía usurparle el trono.

Memorando aquella actitud de todo un pueblo, quedó la costumbre de reunirse, el domingo de Pentecostés, los hombres de la

cofradía de la Santísima Trinidad, montados a caballo y vestidos con sus capas pardas, para peregrinar a la ermita de la Virgen de la Estrella, y en los alrededores del castillo-fortaleza entretenerse echando carreras.

De aquella costumbre derivó la actual fiesta, más compleja de ritos, de búsquedas, de proclamas y subir y bajar por las calles. La esencia, que es el compañerismo de los cofrades, su ideal de salvar Castilla, su elegancia en el vestir y en la carrera, eso ha quedado y se mantiene incólume por los miembros de la Cofradía.

Uno de ellos, que ha sido su prioste, ha escrito un libro magnífico, entretenido y útil. Tomás Gismera Velasco ha escrito una "Guía de la Caballada" que supone decir con detalle la sucesión de ritos de la fiesta, desde el viernes tarde hasta el domingo. Y que cuenta su historia, sus costumbres, sus nombres antiguos, dando además un conglomerado denso y hermoso de fotografías y grabados de los personajes que identifican a la fiesta.

Este libro es de AACHE, la editorial de Guadalajara, y aunque tiene 88 páginas solamente, y muchas fotos en color, da la noticia justa, fundamental y suficiente para con ella ir a contemplar, en la próxima primavera, el correr de caballos y caballeros por las cuestudas callejas de esta medieval villa.

LA BANDERA DE LA CABALLADA

Por Isabel Muñoz Caravaca



Foto: T. Gismera

Ya no era sino un girón, de fecha dudosa, destinada a lucirse una vez al año arrastrando por los suelos, o pisada por los caballos, o maltratada por las manos de los impetuosos cofrades que en el ardor de la fiesta la arrebataban; y

a pesar de esto, mirada con supersticioso respeto por su antigüedad y su variada y nebulosa tradición.

Zurcida y remendada ¡sabe Dios cómo! viejísima, enhiesta como símbolo, inservible como estandarte, vino a mi poder. Había que sustituirla por otra semejante, pero nueva, que pudiese resistir el trajín anual de ser adjudicada al mejor postor, para tremolarla entre los aplausos de la multitud, los celos de los no favorecidos con su posesión efímera, el correr de los caballos, el calor de un día de mayo, la broma y la danza consiguiente a la función de un pueblo grande.

Por acuerdo de la Cofradía de la Santísima Trinidad, vulgo La Caballada o de los recueros, de la villa de Atienza, en sesión habida en marzo o abril del presente año, se jubiló la antigua bandera; y como había que hacerla nueva, se buscó a quien confiar el encargo; un amigo mío, favoreciéndome más que merezco, me propuso como persona de conciencia artística, y todos me aclamaron como la mejor costurera oficial del pueblo, en mi cualidad de maestra de escuela.

Con este motivo se habló de la bandera durante unos días, y salieron a relucir múltiples y discordes opiniones; quien apoyado en una gran autoridad en la materia, que sin atreverse a afirmar nada, presume que tal vez pudiera ser del siglo XV, sostenía que sí lo es, como se sostiene que dos y dos son cuatro; quien la creía mucho más antigua, sin osar ni aun comentar la antigüedad; quien aseguraba que un rey de Castilla la entregó por su manos a los cofrades; quien, que ondeó en las Navas de Tolosa, ni más ni menos como ahora sobre los trigos de Atienza los domingos de Pascua de Pentecostés.

A mí mela dieron para modelo de una labor; no merecía ciertamente tan vulgar destino; y antes que a copiarla me dediqué a estudiarla. ¿Qué era? ¿Qué había sido? La tarea ofrecía interés, y exigía juicio y detenimiento. ¡Había yo oído hablar de

aquella enseña con tal devoción! Los que antes me dieron noticias de ello ¡fue concediéndole tan excepcional importancia!

Yo diré lo que descubrí, lo que vi, lo que sospecho. Si mi trabajo ofrece alguna luz, no estará de más para iluminar el origen oscurísimo del jubinado estandarte, que tantas cavilaciones ha costado a los ilustres cofrades, y tanto ha devanado los sesos a otros muchos que no lo son. Sentiré desvanecer ilusiones, pero las ilusiones perdidas pueden compensarse con la posesión de la verdad.

Presentaba la bandera un conjunto informe; una serie de superposiciones de damasco de seda, blanco y rojo en su mayor parte, composturas sin ton ni son, sin respeto a los primitivos colores t a su disposición primitiva, un castillo, un león, una reja de arado y una rastela o ahijada, recortados de seda sobre fondo blanco, y pésimamente dibujados, medio se descubrían bajo una capa de zurcidos. Todo era viejo, pero no antiguo; y como perdidos acá y acullá, entre la mal compuesta labor, unos filamentos y pedazos de seda verde, restos de una tela que había dominado antes de las composturas: aquello era lo único que había de relativa antigüedad.

Siguiéndolos, descosiendo las piezas con cuidado para volver a unirlos; respetando el blanco y el rojo donde al parecer debían estar, consignando en una hoja de papel mis descubrimientos conforme los hacía; conjeturando y supliendo aquello que no hallaba vestigios, colocando, finalmente, en su lugar el león, el castillo y los instrumentos de labranza, llegué a encontrarme ante un dibujo que puede ser muy parecido a la bandera que se trataba de copiar; parecido, no igual; mi presunción no llegaba a suponer despejada por mí tal incógnita, sin más auxilio que el de una tijera de bordar.

Y aún habiéndola reconstruido hasta en los últimos detalles, ¿qué bandera es esa? ¿es de veras del siglo XV? Vamos a discutir un poco.

La tela verde, que sirvió de hilo conductor a mis tijeras y de base a mis conjeturas, es un tejido de seda, algo parecido a lo que ahora se llama faille, yo he visto tela de esa en ropajes y tapicerías indudables del siglo XVII. No es bastante, sin embargo, para fijar una fecha; pudo tejerse tela igual años antes o años después

Bordada en tela verde, en el centro de la cruz que divide en cuarteles el escudo del medio, y bordada a cadeneta, labor modernísima, con seda negra y amarilla, brillante aún, campea una flor de lis. Entendiendo yo mal la oscura lengua heráldica; no ignoro que la flor de lis, símbolo o alegoría, de muy antiguo se halla en muchas partes, y no obstante, yo en el caso presente, me permito buscar otro origen a la que ocupa el centro de la bandera. Como descosía las piezas para mirar debajo, pude ver la construcción de este centro: Dos telas verdes superpuestas, de modo que la flor de lis, que no tiene revés ni derecho, cose las dos con sus puntadas; y entre ambas, y naturalmente cosido también con el bordado, a modo de entretela, un pedazo de damasco, tela moderna: tal como esta es, creo poder afirmar que no se usaba ni aun en el siglo XVII.

El centro, como se ve, es un escudo, exclusivo sin duda de la hermandad, pero aun siéndolo, tiene el león y el castillo de las armas de España; ¿por qué no había de tener también sus flores de lis? Estas no aparecen en el centro del escudo nacional hasta el siglo XVIII, pero si desde él y desde el advenimiento al trono de la casa de Borbón.

Mientras hilvanaba yo tiras de tela, blancas, rojas y verdes; mientras dibujaba y recortaba, meditaba, preocupada por aquella flor de lis, burlándose de mi ignorancia

si es antigua, o echando por tierra el culto a la tradición si es moderna. Dicen que es antiquísima la permanencia de la bandera de la Cofradía. ¡Pero si no hay documentos que hablen de ella! No la vieron hacer los cofrades actuales ni sus antecesores, y eso es todo.

¿Y si no fuera esta la única vez que se ha renovado la bandera? Lo que hoy sucede ha podido suceder antes de ahora; pudo ser en el siglo pasado y en tiempos de fervor monárquico, y el encargado, como yo ahora, de hacerla nueva creyó ilustrarla colocando en su centro el blasón de la dinastía reinante; una flor de lis porque no cabían tres, y la Cofradía, no todo lo respetuosa que debía con la tradición, cosa que no es de extrañar y entonces menos que ahora, consintió la innovación; ¿es imposible?

Para mi es indudable. Tras larga serie de observaciones, que omito por prolijas aunque de coser y descoser estoy hablando, creo que llegué a reconstruir la historia de la bandera desde hace más de doscientos años, es la siguiente:

Una renovación, como la de ahora, fue necesaria en mis seiscientos... no sabemos cuantos, hacía la mitad del siglo; quizá después de 1650; y se hizo una bandera igual, me atrevo a decir igual, a la que ahora he hecho yo, con los colores y el centro dispuestos de igual modo, pero sin la flor de lis. Andando el tiempo, se rompió la bandera y se compuso; y al hacer esta reforma, por las razones antes expuestas, surgió la flor de lis. Entonces aparece también por la primera vez el damasco rojo y blanco, en sustitución de la tela de esos colores que se hallaría inservible; se aprovecharon los trozos verdes, no todos, y en dos de ellos superpuestos se bordó la flor como antes dije que he visto reforzándolos interiormente con una entretela del mismo damasco. Se restableció el trabajo del siglo XVII, pero con una grave e imperdonable modificación: la cruz que divide el escudo era de tela verde y de la reforma salió roja, con un cuartelito verde en medio, y en él la flor de lis; de todo se hallan en la bandera evidentes vestigios.

Esta composición debió verificarse en el último tercio del siglo XVIII y como el XIX se está acabando, los cofrades cándidamente declaran a la bandera inmemorial; ni ellos ni sus padres ni sus abuelos conocieron la reforma; ni esta se recuerda por tradición, que redundaría en desprestigio de la supuesta antigüedad, y que se perdió por olvido voluntario.

Posteriormente se han hecho zurcidos y puesto piezas; estas de damasco rojo, blanco, amarillo, color aquí del todo extraño; alguna de tisú de oro, alguna de percalina encarnada, a trozos un cordón como ribete, todo sin arte; el color verde había casi desaparecido.

Yo se lo he devuelto: hecha mi combinación de los tres colores, hallé en ella con satisfactoria sorpresa, casi copiados, algunos de los pendones que en las parroquias de esta villa se conservan, y como enseña civil del vecindario se pasean en las solemnidades. Como si el resultado de mi labor hubiera sido en último término una revelación de que la famosa Cofradía de los Recueros ha sido nada más que una asociación que representa intereses comunes a los habitantes de la villa, y donde cabían todos; aparece en forma de hermandad con sus estatutos en la Iglesia, consecuente en esto con sus orígenes medievales, y tiene hoy deformadas sus proporciones por el transcurso del tiempo y la insuficiencia de documentos.

Puede ser también que yo me equivoque. Cuenta demasiados años de existencia la

Cofradía para poder ver bien lo que antes fue y lo que hizo. A través del tiempo puede, y no siempre, conservarse un monumento, más no es posible a través de las generaciones perpetuar una costumbre. Yo apunto hechos e ideas y no afirmo nada; no conservaré para mis lectores ni mis propias suposiciones ni mi misma solución del problema, porque es también posible que los pendones de las parroquias no se reflejen en la bandera de La Caballada, sino desde el siglo antepasado y desde él por alguna causa particular que desconozco.

Después reconcluir yo la nueva bandera, me fue facilitada por el Secretario de la Cofradía la copia de un documento perteneciente a la misma, procedente a lo que parece del siglo XIII o antes, que forma parte de sus estatutos y se conserva en su archivo, describiendo el original dice la copia:

“En la primera mitad superior hay dibujada a la tinta y sobre cruz teñida de verde, un crucifijo, con rumbo crucífero... Este crucifijo cuya cruz se extiende en toda la anchura de la caja del escudo... etc. etc.”

Es decir, que está sobre una cruz de brazos iguales. ¿Por qué no relacionar esta cruz verde del viejo pergamino con la división que afecta forma de cruz en el centro de la bandera? En todo caso, esta idea no es solo mía, verde se hizo esta división en forma de cruz en el siglo XVII, fuera copiándola directamente de la bandera de entonces, o trayéndola desde este mismo pergamino.

La de hoy, la mía, copia de la del siglo XVII, más la flor de lis, que he respetado y aun procurado bordar lo mejor posible con matices de seda amarilla, difiere bastante del modelo que tuve, cosa inevitable por las irracionales composturas del uno y las pretensiones de restablecer una verdad histórica de la otra; una verdad, no la verdad absoluta que ni la Cofradía ni yo conocemos hasta el presente.

En resumen, la bandera de La Caballada se ha renovado varias veces, tomando en cada una algo del medio en que se ha hecho; primero debe su existencia al privilegio y es aristocrática, después monárquica, y democrática por fin. Los últimos remiendos están cosidos a máquina; a máquina la he hecho yo toda de nuevo, y está en todos sentidos orillada de dobles respuntes, afirmación de trabajo y de progreso, esos son los blasones de nuestros tiempos.

Y aunque pasaron ya los del retraso de fechas, yo escondí entre la labor, la de 1898, para que dentro de algunos años, cuando la generación presente desaparezca y mis puntadas se corten y mis bordados se deshilen y la tela se desgarre y otra generación reimponga, el futuro constructor del pendón futuro, si un nuevo y más luminoso descubrimiento no viene a echar por bajo los míos, se encuentre andado el camino, pueda coser y cantar sin trabajo de investigación, sin dudas..., también sin ilusiones.

Es seguro que yo he destruido algunas con mis disecciones de la bandera; no me pesa, al contrario, creo que he debido hacerla. El ambiente de Edad Media que en Atienza se respira, dista muchote serle favorable. Renovar ese ambiente será hacerle un bien. Consérvese la tradición, pero a conciencia; guárdense los recuerdos, pero sabiendo lo que son; y conviértanse y contribuyamos todos a que reconviertan en páginas de estudio los que hasta aquí fueron ídolos ciegamente venerados y totalmente desconocidos.

La Caballada, fiesta de los recueros *Por José Ramón López de los Mozos*

Fueron hechos históricos los que, al parecer, dieron origen a la conmemoración conocida como “La Caballada”, que se viene realizando cada domingo de Pentecostés, desde hace más de ochocientos años en la villa medieval de Atienza.

En 1158, tras la muerte de Sancho III de Castilla, ocupa el trono un niño de cuatro años: Alfonso VIII, cuyo tío Fernando II de León, intenta arrebatarlo, oponiéndose a tal plan la noble familia de los Lara que con el rey niño, a buen recaudo, se refugió en la fortaleza de Atienza, que más tarde se verá cercada al no querer sus habitantes entregarla al leonés. La vida seguía su curso. Años más tarde, en 1163, un domingo de Pentecostés, numerosos recueros atencinos se despiden de la Virgen de la Estrella antes de comenzar viaje de negocios. Ante la presencia cercana de las tropas enemigas urden una estratagema para liberar al real niño: Lo camuflan entre las mercaderías y huyen con las caballerías más robustas y resistentes, mientras otro grupo come y baila en la ermita simulando una fiesta.

Engañado el enemigo, al cabo de siete días de camino los arrieros escapados llegan con el rey a Segovia, sano y salvo.

Parece ser que aquellos días empleados en ir de Atienza a Segovia se simbolizan en La Caballada con siete tortillas diferentes, que comen los cofrades el sábado de la víspera, conocido también como Día de las siete tortillas, en que juntos el Prioste, el Mayordomo, el Manda y la Junta de la Cofradía de la Santísima Trinidad y de San Julián, acompañados de dulzaina y tamboril, acuden a la histórica ermita a plantar el ramo, en el que al día siguiente colgarán los productos que se han de subastar.

El domingo de Pentecostés, los músicos van recogiendo uno por uno a los cofrades, que terminarán reuniéndose ante la puerta del Prioste, desde donde todos juntos irán a buscar al abad, y a las órdenes del manda, tomar camino hacia la ermita.

Hay procesión, se oye misa y se inicia la subasta de las roscas, siendo de interés consignar que dichas pujas se hacen en celemines o en cera.

Ya por la tarde los hermanos bailan a la Virgen, individualmente, en recuerdo de aquellas danzas que sus antepasados hicieron para llamar la atención de la soldadesca leonesa. Son danzas sencillas, de pies y brazos, rítmicos y amoriscadas, a veces aires de jotas sonoras. El cofrade entra en la ermita persignándose, avanzando lentamente, con reverencias, como solicitando permiso para poder bailar con la Virgen. Una vez ante la imagen, comenzada la música, el bailarín interpreta la jota a su modo, mientras desde sus andas, que otros cofrades balancean, la Virgen parece bailar con el recuero que tras numerosas reverencias y la despedida, saldrá de la ermita, siempre de espaldas al camino, no sin antes haberse vuelto a persignar.

Finalizados los bailes, a la voz del manda, los cofrades montan nuevamente a caballo y precedidos por el portaestandarte se encaminan a la villa, entrando por el antiguo arrabal de Puertacaballos, espacioso lugar en el que, dando nombre a la fiesta, tienen lugar las carreras y galopadas entre cofrades, incluido el abad, al que posteriormente acompañan a su casa, donde invita a limonada.

EL PERSONAJE: JULIO DE LA LLANA HERNÁNDEZ

Por Tomás Gismera Velasco



Don Julio de la Llana Hernández no nació en Atienza, pero fueron tantos los años de su vida que en Atienza pasó que bien se le puede tener por atencino. Aparte del fervor que siempre manifestó a la Villa.

Nació en una pequeña localidad de la provincia de Soria, Barca, hacía 1870, en el seno de una familia de labradores acomodados que lograron dar a sus hijos unos estudios superiores, a Julio estudios religiosos; su hermano Ludulfo fue veterinario.

Don Julio ingresó muy joven en el seminario de Sigüenza, donde se hizo sacerdote, y tras concluir sus estudios religiosos fue designado párroco de Miedes de Atienza, donde comenzó a desarrollar sus inquietudes literarias. En 1911 se dio a conocer a toda la provincia al ser el ganador, justo y absoluto, del primer concurso de narrativa que patrocinó el semanario "Flores y Abejas".

En Miedes permaneció hasta 1926, cuando el cura párroco de la iglesia de la Santísima Trinidad de Atienza, don Honorio Tarancón, marchó a Campillo. Don Julio solicitó la plaza, como hicieron unos cuantos sacerdotes más de la comarca.

El 26 de diciembre de 1926, el obispo de la diócesis le confirió dicho cargo de cura párroco atencino. Y a la iglesia de la Trinidad llegó a comienzos de 1927, siendo al mismo tiempo ayudante de la de San Juan, cuando al fallecer el 8 de abril de dicho año su titular, don Bartolomé LLabrés, le fue confiada la ayudantía de San Juan. Al poco tiempo sería nombrado arcipreste de la Villa. Hay que recordar que entonces había en Atienza, al menos, seis sacerdotes.

A partir de entonces comenzó a interesarse por la historia de Atienza y de La Caballada, desarrollando una labor callada, pero interesante, en beneficio de sucesivos investigadores. Colaboró primeramente con don Manuel Serrano y Sanz en su intento de recopilar datos para llevar a cabo la gran historia de Atienza, y posteriormente lo hizo con don Francisco Layna Serrano, sin abandonar su pasión por la poesía, al tiempo que fundó una de aquellas hojas parroquiales que tan en boga estaban por aquella época: "El eco del Sagrado Corazón de Jesús", órgano informativo de la parroquia de la Santísima Trinidad de Atienza, que él mismo componía; incluso dibujó a plumilla su cabecera.

Son pocas las obras que de él quedan, pues salvo raras excepciones, no las dio a la imprenta, por lo que la gran mayoría de ellas se han perdido. Queda aquella tan señalada, relacionada con La Caballada, que tituló: "Un ramillete de alelúes, o Viva La Caballada", publicado en 1933. Obra de teatro que con lenguaje sencillo describía la liberación de Alfonso VIII, y que fue representado varias veces en la Villa.

Fue cronista de prensa para los periódicos provinciales, escribiendo señalados

artículos sobre la historia y las parroquias atencinas, y declamó sus versos en ocasiones señaladas, las múltiples de los “Amigos de los castillos”; las realizadas por la Escuela de Archiveros, o en distintas jornadas poéticas que se llevaban a cabo en Sigüenza. Memorables, para algunas de las personas que lo conocieron, fueron sus obras en verso: “Villa hidalga”, “Saludo y despedida”, “La flor de la Azucena”, “El ángel de la casa” o “El verdugo de Cristo”, sin contar las decenas de piezas que dedicó al castillo, las Santas Espinas, el Cristo del Perdón o La Caballada.

Probablemente, gracias a don Julio de la Llana nos ha llegado a los atencinos de hoy una parte importante de los archivos religiosos del ayer, y de los tesoros artísticos de la Villa, que se encargó de recuperar.

En 1943 fue nombrado hermano honorario de La Caballada, cargo que ostentó hasta su fallecimiento, una mañana de mediados del mes de junio de 1959, pocos días después de La Caballada, hace ahora, pues, cincuenta años.

Murió en la casa curato de la iglesia de San Juan, en la plaza del mismo nombre, rodeado de su ya escasa familia, su hermano Ludulfo, entonces veterinario en Atienza, y ante todo, de la asistenta que le había atendido durante muchos años, Pascualina.

Contaba don Bonifacio Escudero López, entonces médico de la Villa y quien le atendió en sus últimos hálitos de vida, que murió como un santo, repitiendo una frase que ya era conocida por sus amigos: “las espinas que nos manda el Señor hay que besarlas, no pisarlas. Si se pisan nos duelen más”. El entonces maestro de la población, don Luis Bosgos, se encargó de transmitir la noticia a la provincia.

Su memoria se perdió en estos últimos cincuenta años. Pero no conviene olvidar a aquellos hombres que nos legaron las muchas historias que Atienza ha generado a lo largo del tiempo.

*Como a un hermano honorario,
La Caballada me cuenta.
En el fondo de mi archivo,
con mis apreciadas prendas,
guardaré ese documento,
y si, para cuando muera,
no dispongo que me lo echen,
y me acompañe en mi huesa,
es porque el honor que me hace,
esta Hermandad tan atenta,
sobrepase los confines,
de mi efímera existencia
y perdure en mi familia,
de esta Hermandad, su nobleza.*

(Julio de la Llana, con motivo de tomar posesión de Hermano Honorario de La Caballada el 13 de junio de 1943.

LA CABALLADA, OCHO SIGLOS DE FIDELIDAD

Por Baldomero García Jiménez

Atienza, por las tierras altas de Guadalajara y que ya avistan los campos sorianos, va a celebrar su fiesta de La Caballada número ochocientos diecinueve. Y lo hará con el mismo ceremonial que en los comienzos. Sucedió en 1162

El día de Pentecostés se inicia con la diana, que se interpreta por todas las calles del pueblo. A las puertas del prioste acuden todos los cofrades, visten chaquetilla de manga estrecha, paño lugareño negro, cuello y bordes orlados con una cenefa. Se tocan con sombrero también negro. Los últimos en llegar son los seises y el mayordomo, cubiertos con sus capas negras y que luego extienden sobre las ancas de sus cabalgaduras. El secretario pasa lista y se subasta el derecho a portear la bandera, regalo de Alfonso VIII y con su autorización para usarla en la fiesta como si se tratase de una mesnada de guerra. Después el manda, criado del prioste, da la voz de montar. Se inicia la marcha por este orden: primero los gaiteros; luego el abanderado, el prioste y los seises con el mayordomo. Cierran la marcha el pelotón de hermanos. Se recoge al abad, y desde este momento los que cierran la marcha son los de la Mesa.

Cada año con renovada expectación, los atencinos y los muchos forasteros que acuden a la villa contemplan este insólito desfile en medio de un impresionante silencio. Al trote se encaminan a la ermita de la Virgen de la Estrella y nadie desmonta hasta que el manda ordena autoritario: "pie a tierra, señores cofrades".

La ermita es pequeña y en ella apenas caben todos los hermanos. Hay misa solemne, con sermón que casi siempre versa sobre el acontecimiento que se conmemora. Luego tiene lugar la procesión, que se inicia con las pujas para portar las andas de la Virgen. Pujas que casi siempre se hacen en especie: vino, trigo, cera... Concluida la procesión los hermanos se encierran para la comida. Y decimos que se encierran porque a nadie que no pertenezca a la Hermandad se le permite la entrada, sea la autoridad que sea. Lo curioso también es que no todos los que desean pertenecer a esta Cofradía lo consiguen. Hay que acreditar una serie de valores y, Asun así, siempre existe el peligro de la bola negra.

La asistencia a esta comida es absolutamente inexcusable. En algunas épocas donde los lutos se guardaban de manera tajante, esto tampoco era circunstancia eximente, puesto que, según las ordenanzas, no se trata de ninguna fiesta, sino de una conmemoración, casi a pie, con el bordón y la alforja en la mano.

A la caída de la tarde vuelven los romeros. Los más jóvenes realizan unas carreras a la sombra del castillo, en la explanada, y luego todos acompañan al abad hasta su casa, y los jinetes se pierden por las callejuelas y plazas de Atienza hasta otro Pentecostés. Dispuestos a guardar su indumentaria, su ilusión y ese orgullo que, de generación en generación, vienen mostrando a todos desde hace más de ochocientos años.

Diario Ya, mayo 1972

ALEGRE RECIBIMIENTO PARA ATIENZA DE LOS JUGLARES

(Entre las muchas felicitaciones y correos recibidos, dando la bienvenida a nuestra revista, imposible dirigirnos a todos y citaros a todos, tomamos algunos, a manera de ejemplo. Gracias a cuantos nos habéis seguido y habéis puesto enlaces a la misma, a Atienza, a Luzónmipueblo, Anguita, Librosunoporuno..., a tantos y tantos más. Continuaremos.)

Atienza tiene voz.

Desde Atienza nos llega la noticia y la evidencia de una nueva voz. Atienza tiene voz, tiene gentes que la gritan. Tras siglos de decadencia, tras años de sueño, tras dormir entre las sábanas de la historia, Atienza resulta estar viva, y un buen grupo de sus vecinos, y naturales, proclaman a los cuatro vientos su viveza y su realidad. Acaba de aparecer la Revista "[Atienza de los Juglares](#)" que dirige y promueve [Tomás Gismera Velasco](#). Escritor e investigador, activo animador de la cultura en Atienza y en la Casa de Guadalajara en Madrid, ahora nos regala las páginas de esta Revista que, -dados los tiempos- solamente aparecerá en forma digital. Pero así de fácil nos lo pone que [desde aquí](#) se puede leer, con un simple click de ratón. Además de las palabras introductorias de Tomás Gismera, su director, aparecen páginas con interesante contenido, como el retrato de la Caballada que hace José Antonio Ochaíta (un escrito suyo de 1956), la Crónica de la Semana Santa 2009 por Andrés Yagüe, análisis de un personaje, Don Bruno Pascual Ruilópez, a quien está dedicada la plaza del Trigo, "Atienza en el ayer" de Tomás Gismera, buen inicio para una crónica que promete ser interesante, y la conferencia titulada "Guadalajara, presente y futuro" que el 14 de abril de 2009 dictó en la Casa de Guadalajara el joven periodista Raúl Conde Suárez. Con imágenes, buena maquetación, y sobre todo fervor atencino, esta Revista "[Atienza de los Juglares](#)" promete ser una nueva voz que nos recuerda que Atienza está viva.

Libros de Guadalajara. Noticias de la ciudad. Antonio Herrera Casado. Cronista Provincial. Publicado el 2 de Mayo de 2009.

"Atienza de los Juglares"

El incombustible [Tomás Gismera Velasco](#), cofrade atencino y gran persona, acaba de parir otro instrumento cultural en beneficio de Guadalajara, de la Sierra de Guadalajara y de su patria chica. Se trata de una revista digital que lleva el nombre de *Atienza de los Juglares*. El [primer número](#) ya está en circulación por la Red, cuajado de voces y textos que respiran Guadalajara por todos los poros. Es notable el interés de los pueblos de la provincia por reivindicar sus singularidades a través de publicaciones de diverso pelaje. Lo que no es tan frecuente es que se utilice Internet para tal fin. Una manera sencilla, directa, eficaz y barata de dar cauce a la expresión más alcarreñista, en este caso serrana. ¡Enhorabuena Tomás!

Publicado el 4 Mayo 2009 a las 17:59 | La Garlopa. El Blog de Raúl Conde.

Hola, soy Belén de Marcos, atencina de corazón, aunque no de nacimiento, pero como si lo fuera. No os podéis imaginar qué alegría me ha dado lo de vuestra revista digital.

Por primera vez he visto el cartel de la famosa película rodada en Atienza, Las Troyanas, de la que tanto he oído hablar a mi madre. Me encantaría poder verla, y ver si sale alguien de mi familia, que creo así era.

Enhorabuena por vuestra idea, y no dudéis que les acabo de mandar vuestros datos a mis primos. Gracias por hacer que los jóvenes, bueno, ya no tanto, ya que soy del 69, podamos ver las fotos y saber historias además de las que a mi por ejemplo me ha contado mi padre, Paulino; mi madre, Teresa; mi abuelo, Matías; mi tío, José, mi tía Dorotea, y demás familia.

Creo que solo me falta deseáros mucha suerte.

Por favor, mantenerme informada y os pediría que me mandarais donde puedo encontrar para ver Las Troyanas.

Un beso muy fuerte a todos los atencinos y atencinas, ya sean de nacimiento, como de corazón.

Hola Tomás, gracias a ti por este nuevo proyecto y por tus rápidas respuestas. Ya está publicado en nuestro blog, por si quieres verlo. Además ya lo hemos puesto como enlace de interés para que lo puedan ir siguiendo... no dudes de que nosotros lo haremos. ¡Enhorabuena por este nuevo proyecto, os deseamos lo mejor!

Maria Treviño. Luzón.

Gracias Tomás. Atienza de los Juglares me parece una idea excelente.

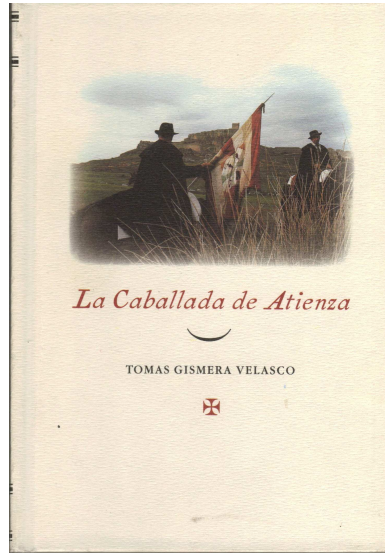
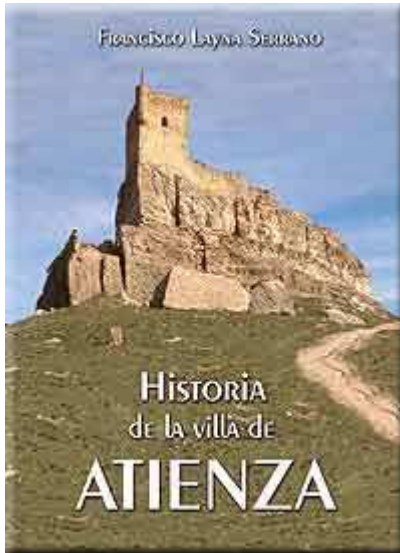
Yo no soy nacido en Atienza, sino en Salamanca. Vivo en Madrid. He trabajado por tierras de Toledo y Cuenca durante dieciséis años. Y me he embarcado, en Atienza, en un proyecto del que espero todo en la vida. Soy de esos que dicen ser terráqueos, universales. Siento lazos fuertes con muchos lugares y personas, pero creo no tener arraigo en lugar alguno. Sin embargo, y por medio de este proyecto, siento que también estaré vinculado a Atienza de por vida. Me atrajo mucho su historia, cuando la escuché por primera vez. Todavía hoy me desconcierto cuando pienso lo que Atienza fue. Sí, y lo que es. Siempre pienso en las vidas de tantas personas que se fueron. Camino por una calle y me pregunto sobre el trajín que esa misma calle soportaba hace doscientos años, o quinientos, e inevitablemente quiero adivinar las vidas de esas personas, sus quehaceres, sus temores, sus avatares... En esas cosas pierdo el tiempo, ya sabes.

Enhorabuena y seguimos en contacto.

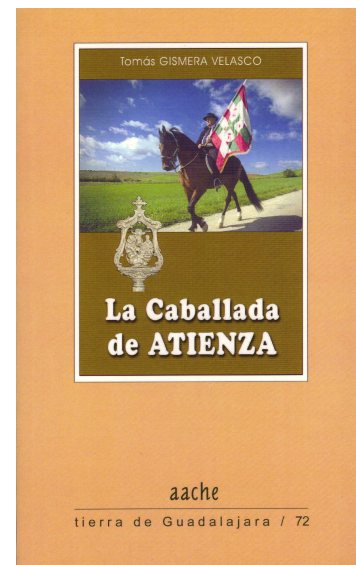
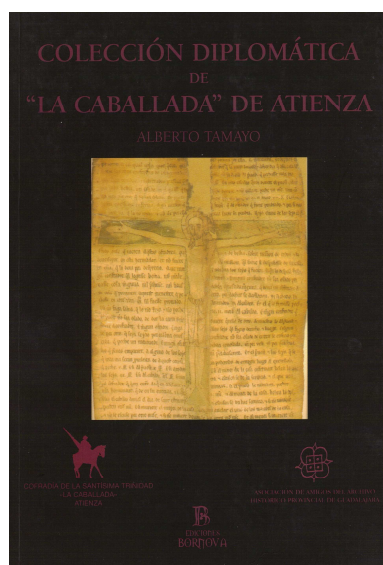
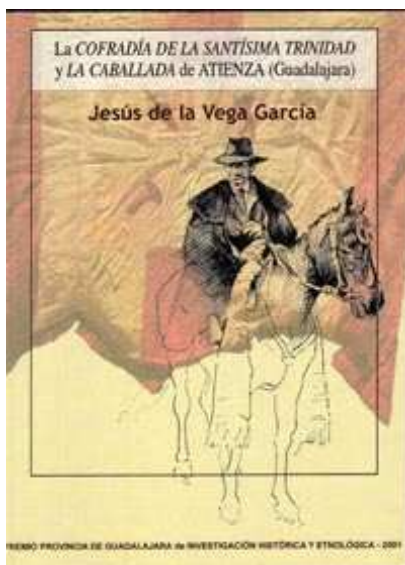
Un saludo.

Paco Miranda

SEIS LIBROS PARA CONOCER ATIENZA Y LA CABALLADA



Historia de la Villa de Atienza, de Francisco Layna Serrano. Edt. AAche.
La Caballada de Atienza, de Tomás Gismera Velasco. Edt. IberCaja.
Atienza, comarca montañosa y medieval, de José Serrano Belinchón. Edt. AAche.



La Cofradía de la Santísima Trinidad y La Caballada de Atienza, de Jesús de la Vega García. Edt. Diputación Provincial.
Colección Diplomática de La Caballada de Atienza, de Alberto Tamayo. Edt. Bornoba.
La Caballada de Atienza, de Tomás Gismera Velasco. Edt. Aache.

La reciente publicación del libro: “La Caballada de Atienza, historia y tradición”, de Tomás Gismera Velasco, ha traído la presencia de La Caballada a los medios de comunicación de la provincia y de fuera de ella.

La reimpresión del libro, editado en 1994 y reeditado por la editorial AAche de Guadalajara, con nuevas imágenes y revisión de texto, incluyendo en el mismo el prólogo que para la ocasión escribiese el desaparecido Luis Carandell siendo Seis Principal de La Caballada, ha supuesto una campaña de promoción al margen de la Cofradía.

El jueves 14 de mayo fue presentado ante las cámaras de la televisión local de Guadalajara, donde Tomás Gismera habló de su obra, de Atienza y de La Caballada, haciendo una breve reseña histórica de la relación de la Cofradía con la Casa regional de Guadalajara en Madrid. Casa Regional que fue de las primeras en abrir las puertas a la Cofradía cuando, en el mes de febrero de 1962, Atienza fue declarada Monumento Histórico Nacional.

Con motivo de la ocasión, en La Casa de Guadalajara se celebró una sonada conferencia que fue seguida por la práctica totalidad de la prensa madrileña, llevaba por título “Atienza, monumento nacional”, fue pronunciada por el historiador de Atienza y entonces Cronista Oficial de la Provincia, don Francisco Layna Serrano. Hasta la Casa de Guadalajara, vestidos con su típico atuendo de arrieros, se trasladó la Mesa de la Cofradía, encabezada por su entonces Prioste, Raimundo Galgo. Aquella mañana habían sido oficialmente recibidos en el Palacio de El Pardo, por el entonces Jefe de Gobierno español.

El sábado 16, dentro de la Feria del Libro de Guadalajara, en el parque de la Concordia, igualmente se hablará de Atienza y de La Caballada, ya que tendrá lugar, en la carpa central, a las once de la mañana, la presentación oficial del libro en Guadalajara, presentación que correrá a cargo de lator, Tomás Gismera, así como del Cronista Provincial, Antonio Herrera Casado.

Por último, el martes 19 se presentará oficialmente en el Salón Cardenal Mendoza de la Casa de Guadalajara en Madrid, presentación que correrá a cargo del autor, y del Vocal de Cultura de la Casa, Javier Lizón García.

Igualmente, han sido muchos los medios escritos que han recogido esta nueva publicación, que viene a llenar ese pequeño hueco del sentir, y vivir, con sencillez de palabra, La Caballada de Atienza, como guía de mano de cuantos quieran conocerla en intimidad. En fechas próximas se espera, igualmente, hacer la presentación oficial de dicha obra en la villa de Atienza.

Sábado, 30 de Mayo:

-16,00 h. de la tarde. Salida de la Mesa, o Junta de la Hermandad, hacía la ermita de la Virgen de la Estrella, con objeto de prepararla y planta el "Ramo".

-18,00 h. En la sala de la ermita, la Junta de la Hermandad se reúne para merendar las históricas "Siete tortillas".

-20,00 h. La Junta de la Hermandad regresa a la Villa.

-22,00 h. Actuación del grupo de dulzaineros en la Plaza de San Juan.

Domingo, 31 de mayo:

-10,00 h. Reunión de los cofrades, con sus cabalgaduras, ante la casa del Prioste, pase de lista, lectura de multas, y subasta de la bandera.

-10,15 h. Los hermanos recogen al Abad y se dirigen a la ermita de la Estrella en sus cabalgaduras.

-12,00 h. Procesión en el entorno de la ermita, con la Virgen de la Estrella. Posteriormente tendrá lugar la misa. Subasta de roscas del ramo y baile de los hermanos en el atrio de la ermita.

-14,00 h. Tras el "trago de la bandera", los hermanos se reúnen a almorzar en el comedor de la ermita.

-17,30 h. Despedida de la Hermandad a la Virgen de la Estrella, con el canto de la "Salve de los arrieros".

-17,45 h. Regreso a la Villa de la Hermandad, con paradas en las Peñas de la Bandera, donde se reza por los difuntos y se subasta de nuevo el pendón. Tras atravesar la población se dirigen al camino "de las cuevas", donde tienen lugar las carreras que recuerdan las algazaras medievales.

-19,00 h. Obsequio de limonada por el Abad a los hermanos, en la plaza del Trigo.

-19,15 h. En la casa del Prioste los hermanos dan por concluida la conmemoración.

AVANCE PROXIMO NUMERO:

El Número 3 de **ATIENZA DE LOS JUGLARES**, que se pondrá en circulación el próximo 2 de junio, dedicará su portada y tendrá como eje central "**EL ABSIDE DE SAN FRANCISCO**".

Esperamos vuestras ideas y colaboraciones.